

CONCLUSIÓN GENERAL

En este libro hemos analizado experiencias socialistas democráticas exitosas y no exitosas, atendiendo tanto al grado de estabilidad de las instituciones democráticas como, sobre todo, al nivel de adhesión a dichas instituciones por parte de cuatro partidos de izquierda, de origen marxista, en sociedades occidentales más y menos desarrolladas.

En la primera parte, analizamos el caso del socialismo europeo. Desde Bernstein y la llamada “controversia revisionista”, a fines del siglo pasado, hasta Berlinguer y el fenómeno del eurocomunismo en la década del setenta —y de allí en adelante— encontramos un creciente y sostenido proceso de valorización de la democracia política y sus instituciones característico del conjunto del socialismo europeo. A lo largo de ese período este último experimentó grandes transformaciones desde un socialismo ortodoxo y revolucionario, hacia un socialismo democrático y reformista, especialmente en el período de posguerra.

En claro contraste con el proceso de socialdemocratización del socialismo europeo, en la segunda parte analizamos el proceso de leninización del socialismo chileno, que culmina en el fracaso de la Vía Allendista: un intento por construir un segundo modelo hacia el socialismo, en democracia, pluralismo y libertad, distinto de aquél basado en la dictadura del proletariado. Finalmente, hemos visto que es sólo a partir de 1973 que emerge, desde un significativo sector de la izquierda chilena —conocido como izquierda renovada—, un socialismo democrático de mayor consistencia. Éste surge a partir del impacto de la dictadura y su característica principal está dada por la revalorización de la democracia política. En dicho proceso el socialismo europeo aparece como la principal influencia externa.

¿Cómo caracterizar ambas experiencias?, ¿qué factores contribuyeron al éxito de una y al fracaso de la otra?, ¿cómo explicar el surgimiento en el Chile de los últimos años de este nuevo socialismo democrático?, ¿qué tipo de comparación admiten el socialismo europeo y el socialismo chileno?, ¿cómo se relacionan estos procesos con los nuevos desarrollos a partir de la

Perestroika y los cambios en Europa del Este? Esas son las preguntas que sirven de base a nuestra reflexión final.

En el caso del socialismo europeo, la evolución desde un socialismo ortodoxo y revolucionario hacia un socialismo democrático y reformista, corresponde a lo que hemos denominado el proceso de socialdemocratización de la izquierda europea. Más allá de toda retórica, hemos visto que el paradigma socialdemócrata es el que ayuda a caracterizar al socialismo europeo en su conjunto, sobre la base de las tres vertientes que hemos considerado: la socialdemócrata, la socialista propiamente tal y la eurocomunista (o poscomunista). Todas ellas, cual más cual menos, son expresión de una concepción socialista que aspira a realizar ciertos cambios o transformaciones dentro de los límites del sistema capitalista y del régimen democrático, al interior de una estructura internacional bipolar —todo ello, sin perjuicio de empujar o ampliar dichos límites desde el interior de estos tres sistemas. Los tres partidos analizados aparecen, en su práctica concreta, como partidos socialistas, democráticos, de reforma. Tales son, a nuestro juicio, los componentes del paradigma socialdemócrata, característico del conjunto del socialismo europeo. La socialdemocracia sigue siendo la ideología predominante al interior de la izquierda y la clase obrera europeas.

¿Qué factores han contribuido a este proceso de socialdemocratización de la izquierda europea?

En primer lugar, tal como hemos anticipado, puede mencionarse la manifiesta contradicción entre las premisas del marxismo y la realidad del desarrollo capitalista europeo. Este fue, casi literalmente, el título del libro que Bernstein escribiera a fines del siglo pasado, para exponer las razones de su “revisionismo”: había que revisar a Marx en aquello que no correspondiera a la realidad.

En efecto, ya desde fines del siglo pasado y comienzos del siglo veinte la izquierda europea comenzó a advertir que las visiones catastrofistas del marxismo, referidas al colapso inminente del capitalismo, eran equivocadas. Las premisas del marxismo eran relativamente simples: producto de sus contradicciones internas y de la agudización de la lucha de clases, el capitalismo terminaría por desmoronarse. Ello conduciría finalmente al advenimiento de la sociedad socialista.

Dos lecturas surgirían desde el interior de la izquierda, en relación a dicho aserto: la primera, de corte más bien determinista, haría referencia a la inevitabilidad de dicho proceso, según lo establecido por las leyes históricas del socialismo científico de Marx y Engels. Esta es la lectura típica de la socialdemocracia de la época (luego de que las tesis de Edward Bernstein fueran derrotadas al interior de la Segunda Internacional) y está vinculada a los primeros divulgadores del marxismo, como Kautsky en Alemania y Plejanov en Rusia.

La segunda lectura, de tipo más bien voluntarista y antideterminista, rechaza esta concepción mecanicista y naturalista vinculada a una visión simplista del materialismo histórico, y enfatiza en cambio el espacio abierto a la acción revolucionaria. Esta es la lectura, entre otros, de Lenin y Gramsci,

la que recibiera un fuerte impulso a partir de la Revolución Bolchevique (aunque el teórico italiano reconoció que el pensamiento de Marx estaba “contaminado de incrustaciones positivistas y naturalistas”).

Lo cierto es que, desde la perspectiva de cualesquiera de estas dos lecturas (más o menos determinista), las premisas del marxismo no parecían corresponder a la realidad del desarrollo capitalista europeo. Este último, por el contrario, muy en especial en el período de posguerra, mostró un significativo dinamismo, dando lugar a un importante grado de desarrollo económico con cada vez menores antagonismos sociales al interior de una estructura de clases compleja. Como señala Adam Przeworski, en la década de los ochenta “seguimos viviendo bajo el capitalismo”³⁵¹, y ha sido en las condiciones creadas por este último (democráticas afortunadamente, señala el mismo autor) que se ha desenvuelto la socialdemocracia europea.

El aporte de Bernstein, pues, consistió en haber advertido desde muy temprano las contradicciones entre las premisas del marxismo y la realidad del desarrollo capitalista europeo. Aunque sus tesis fueron derrotadas en ese entonces, terminarían por imponerse. Especialmente en el período de posguerra, el conjunto del socialismo europeo terminaría por reconocerse, en su práctica y más allá de toda retórica, en las características ya insinuadas por Bernstein; esto es, la de ser partidos “socialistas, democráticos, de reforma”.

El segundo factor que pareciera haber contribuido a explicar el proceso de socialdemocratización de la izquierda socialista europea es la experiencia de la dictadura y el temor siempre presente de una regresión hacia una fase autoritaria.

En efecto, todos los casos analizados, cual más cual menos, son posautoritarios. El nazismo alemán, el fascismo italiano y el colaboracionismo francés dejaron su huella en la izquierda socialista de dichos países. Pero, más allá de estos casos en particular y salvo contadas excepciones, podemos afirmar que el socialismo europeo en su conjunto es posautoritario. Este es también, en la experiencia más reciente, el caso de los nuevos socialismos surgidos en Europa Meridional (España, Portugal y Grecia) después de años y hasta décadas de autoritarismo. Éstos también, como pareciera desprenderse de los gobiernos de Felipe González, Mario Soares y Andreas Papandreu, corresponden al paradigma socialdemócrata que hemos descrito.

En el conjunto del socialismo europeo la experiencia del autoritarismo

³⁵¹ Adam Przeworski, *Capitalism and Social Democracy* (Cambridge University Press, Cambridge, 1985).
1. En este muy interesante libro Przeworski sostiene la tesis que, aunque la socialdemocracia (por definición reformista) no conducirá a las sociedades europeas al socialismo, en las condiciones concretas creadas por el capitalismo democrático ella ha sido la manera prevalente de organizarse, y una elección correcta por parte de la clase obrera europea. No se vislumbran, señala el autor, alternativas históricas aceptables a aquella representada por la socialdemocracia o el reformismo socialista —lo que no significa que no tenga sentido seguir aspirando al socialismo. Una cosa es luchar por mejorar el capitalismo, haciéndolo más eficiente y humano, señala Przeworski, y otra cosa distinta es luchar por el socialismo —entendido en términos de una sociedad libre de toda alienación.

condujo a una fuerte revalorización de la democracia política, más allá de toda consideración táctica o puramente defensiva. Aquélla ya no es vista, como a comienzos de siglo, como un mero instrumento en manos de la burguesía (democracia burguesa), o como un conjunto de reglas (democracia formal) que esconden una forma de dominación capitalista. Antes bien, la democracia es vista como una conquista popular que debe ser preservada, ampliada y profundizada.

Es aquí donde cobra gran importancia el trabajo teórico de Jean Jaurès. Si el aporte teórico de Bernstein radicó en no menospreciar la dinámica, complejidad y capacidad de adaptación del capitalismo, el gran aporte de Jaurès fue haber señalado el valor intrínseco de las formas republicanas y democráticas. En ambas perspectivas, la de Bernstein y Jaurès, la crítica al marxismo asumió una doble dimensión: Marx no sólo se había equivocado en sus predicciones acerca del desarrollo del capitalismo en las sociedades más avanzadas; en su trabajo había también una marcada subestimación del valor de las formas políticas en general y de la democracia en particular. Una cierta lectura determinista del marxismo de la época de la Segunda Internacional habría contribuido a hacer la situación aún más crítica.

De esta manera, el socialismo democrático europeo de posguerra no hace sino rescatar los aportes teóricos y la anticipación lúcida tanto de Bernstein como de Jaurès. La consecuencia práctica del trabajo de estos últimos fue la adopción del método de la reforma. Ésta apareció, con mayor propiedad, como el método natural de lucha para la clase obrera europea, orientada básicamente a la acción sindical y parlamentaria. Incluso en el caso de Gramsci, teórico de la revolución y no de la reforma, se descartó un tipo de revolución como la bolchevique. El propio Partido Comunista Italiano, fundado por Gramsci, se encargaría con el tiempo, y en su práctica concreta, de abrazar la vía de la reforma.

Un tercer factor que pudiera contribuir a explicar el proceso de socialdemocratización de la izquierda europea es la dinámica misma de la competencia político-electoral o, en otros términos, las leyes del mercado político³⁵².

La decisión de participar al interior del sistema —cuestión largamente debatida al interior de la izquierda europea— implica atenerse a las reglas del juego propias del régimen democrático. A su vez, estas reglas del juego imponen sobre los actores ciertos límites, los que deben ser tenidos en cuenta. Es más. Muchas veces, frente a la experiencia de la dictadura, por ejemplo, este aspecto formal de la democracia adquiere un valor sustantivo.

El funcionamiento de las instituciones de la democracia representativa —y la decisión de participar en ellas— genera una dinámica que, en el caso de los partidos de la izquierda europea, significó reforzar el proceso de socialdemocratización que hemos descrito y su opción reformista.

Así, por ejemplo, el éxito alcanzado por la democracia cristiana alemana (CDU) en los años inmediatamente posteriores a la guerra fue determinante

³⁵² Este punto ha sido desarrollado por el propio Przeworski en el libro que se ha señalado.

en las transformaciones que se produjeron al interior de la socialdemocracia (SPD). Esta última tuvo que adoptar características similares a aquélla, a fin de mantener sus posibilidades en el mercado político. Adoptar las características de un partido del tipo *catch-all* le significó al SPD asumir importantes transformaciones internas. Así, dejó de aparecer como un partido identificado con una ideología (el marxismo) y una clase en particular (el proletariado), a fin de apelar a un electorado más amplio.

Por otro lado, razones también de competencia partidaria le permitieron al SPD adoptar un programa como el de Bad Godesberg. En efecto, la ausencia de un competidor en la izquierda le facilitó la adopción de un programa como éste. El caso del Partido Socialista Francés (PSF), en cambio, es exactamente el inverso. La fuerte presencia de un competidor próximo, como el Partido Comunista Francés (PCF), obligó al PSF durante un largo período a mantener una radicalidad mucho mayor que la que su práctica sugiere; ello, a fin de no perder su credibilidad como partido de la izquierda francesa y de facilitar su alianza con el PCF —necesaria, en conformidad a la dinámica de las instituciones de la Quinta República, para acceder al poder.

Pero, una vez más, el caso del PSF refuerza la tendencia que hemos señalado: aunque la vía de Mitterrand a la socialdemocracia estuvo llena de referencias a la ruptura con el capitalismo, una vez en el poder y ante la franca declinación de su competidor próximo, el PCF, el Partido Socialista Francés ha podido reconocerse, en su práctica concreta, en la corriente principal de la socialdemocracia europea (como queda claramente demostrado especialmente bajo la segunda administración de Mitterrand y el nombramiento de Michel Rocard como Primer Ministro).

Finalmente, el caso del PCI también refuerza lo que hemos dicho. Enterrada en el pasado quedó el alma ultraizquierdista —en las palabras del propio Lenin— que le imprimiera su fundador, Amadeo Bordiga. La decisión de *participar al interior del sistema* —defendida e impulsada por Togliatti— implicó para el PCI atenerse a las reglas del juego dictadas por la democracia italiana, al interior de un sistema multipartidista, de tipo parlamentario, basado en la representación proporcional. Todo ello le significó al PCI, en definitiva, caer de lleno en el proceso de socialdemocratización característico del conjunto del socialismo europeo.

Junto con acomodarse a la dinámica propia de la competencia político-electoral al interior de una democracia representativa —y aprovechar los espacios que éste le brinda— la izquierda europea también es consciente de los límites impuestos por la propia democracia. A partir de las reglas del juego impuestas por esta última, en numerosas ocasiones y especialmente al acceder al poder, la izquierda debe proponer pausas en sus reformas, o hacer todo tipo de concesiones, o buscar compromisos de diversa índole. Desde un punto de vista socialista, en que el acento está puesto en la idea de cambios o transformaciones sociales, la democracia es, pues, también una cuestión de límites.

Las restricciones también provienen de la estructura de la economía (ca-

pitalista), en el marco de la creciente internacionalización de la economía y la política. Así, por ejemplo, la necesidad de mantener una cierta competitividad internacional, o de velar por ciertos equilibrios macroeconómicos básicos, conducen a la adopción de medidas que pueden incluso aparecer como contradictorias con los propios postulados programáticos e ideológicos. El caso tal vez más nítido y reciente es el del propio gobierno de Mitterrand, luego de un primer año intensivo en reformas estructurales y, especialmente, a partir de la incorporación de Laurent Fabius como jefe de gobierno —para no decir nada de la extraña situación posterior con un primer ministro neogaullista, como Jacques Chirac, bajo lo que se dio en llamar la cohabitación. Tras la reelección de Mitterrand, como hemos visto, se completa el proceso de socialdemocratización del PSF.

Aquí pareciera que estuviésemos ante un rasgo distintivo y común al socialismo europeo en su conjunto: reconocer los límites impuestos tanto por la estructura de la economía (capitalista) como por el tipo de régimen político (democrático), y empujar o ampliar dichos límites desde el interior de ambos sistemas, pareciera ser un elemento típico y más o menos definitivo de lo que conocemos como socialismo democrático en Europa Occidental.

Finalmente, un cuarto elemento es el que se refiere al contexto internacional, al menos en un doble sentido: la existencia de bloques político-militares y la crisis de los “socialismos reales”.

Que el mundo de posguerra ha estado, hasta muy recientemente, básicamente dividido en dos bloques político-militares, es una realidad. De esta manera, junto con los límites impuestos por el tipo de economía (capitalista) y de régimen político (democrático), la existencia de estos bloques y la inserción en ellos de Europa, tanto del Este como de Occidente, añade una tercera limitación para la izquierda europea: la de una estructura internacional de tipo bipolar.

No es que Berlinguer fuese un entusiasta defensor de la OTAN. Por el contrario, mantuvo una posición crítica respecto de esta última. Pero no pudo dejar de reconocer la realidad de la pertenencia de Italia a uno de los dos bloques político-militares existentes. Si el PCI aspiraba a transformarse en un partido de gobierno debía reconocer a la OTAN —y la necesidad de que Italia permaneciera en ella— como una realidad; todo ello, sin perjuicio de propiciar desde su interior los cambios que estimare adecuados. Algo similar puede decirse de Felipe González y el PSOE, los que han debido revisar su programa inicial y apoyar la permanencia de España en la OTAN.

Sumado a lo anterior, la crisis de los llamados “socialismos reales” (comunismo del Este) ha facilitado el proceso de socialdemocratización que hemos descrito. La experiencia de los países comunistas ha reforzado la existencia de una visión que distingue entre socialismos democráticos y no-democráticos (o autoritarios). La crítica de los rasgos autoritarios, burocráticos y centralistas de los regímenes comunistas del Este ha apuntado, en el caso de las distintas vertientes del socialismo de Europa Occidental, en una línea de reafirmación democrática. Fenómenos más recientes como la Perestroika, impulsada por Mijail Gorbachov, y los cambios en Europa del

Este, no hacen sino confirmar esta postura, con resultados aún insospechados. A ello nos referiremos más adelante, a modo de reflexión final.

En el caso del socialismo chileno la realidad es un tanto distinta, aunque se advierten importantes elementos de continuidad en relación al socialismo europeo.

En efecto, así como hemos caracterizado la evolución del socialismo europeo como un proceso de socialdemocratización, en una línea de reafirmación democrática, hemos analizado el proceso vivido por el Partido Socialista de Chile (PSCH), al menos en la etapa anterior a 1973, como un proceso de creciente leninización, en una línea de cuestionamiento de las instituciones de la democracia representativa, calificada peyorativamente de formal y burguesa.

Si ello fue así en la etapa inmediatamente anterior al golpe militar, la primera fase de desarrollo del Partido Socialista tampoco estuvo exenta de una marcada ambigüedad en relación a la democracia política. El elemento populista presente en esa primera etapa hizo que el PSCH desarrollara a lo más una visión puramente instrumental de la democracia. Junto con una práctica política inmersa en las instituciones de la democracia representativa —las que, en todo caso, eran consideradas simplemente como un hecho, como algo dado— y una vida interna democrática, una concepción socialista democrática de mayor consistencia nunca logró consolidarse al interior del socialismo chileno.

El aporte teórico de Eugenio González y su intento por superar la ambigüedad en torno a la democracia; y más tarde la Vía Allendista al socialismo, en democracia, pluralismo y libertad —que en su momento concitara la atención del mundo—, no alcanzaron una posición predominante al interior del socialismo chileno. Mientras las tesis del primero cayeron en el olvido, especialmente a partir de la Revolución Cubana, la intuición original de Allende, de un segundo modelo al socialismo distinto de aquél basado en la dictadura del proletariado, chocó frontalmente con el propio proceso de creciente leninización vivido al interior del PSCH. Tal como lo hemos sugerido, la Vía Allendista no encontró al interior del PSCH y de la izquierda en general, el correlato de un socialismo democrático claramente definido y articulado, contribuyendo al fracaso de aquélla.

Es sólo tras el advenimiento de un régimen autoritario que surge, en un significativo sector de la izquierda chilena, un socialismo democrático de mayor consistencia, el que aspira a constituirse en hegemónico al interior de la izquierda en su conjunto. En dicho proceso, marcado básicamente por el impacto de la dictadura y caracterizado por una revalorización de la democracia política, el socialismo europeo aparece como la principal influencia externa.

Esto último, en un doble sentido: por un lado, el verdadero descubrimiento de las raíces democráticas del socialismo de Europa Occidental y su fuerte presencia en la clase obrera conducen, en el seno de esta izquierda renovada, a una valoración positiva del socialismo democrático característico de Europa Occidental. En un sentido inverso, los rasgos autoritarios y la crisis de los

regímenes comunistas de Europa del Este, conducen al interior de este significativo sector de la izquierda chilena a una visión crítica respecto del modelo de los “socialismos reales”.

En una perspectiva comparativa, podemos distinguir elementos tanto de continuidad como de ruptura en la relación entre el socialismo europeo y el socialismo chileno. Así como históricamente se dio un total divorcio o desencuentro entre el socialismo chileno y el socialismo europeo, en la última década y media se da una gran confluencia, facilitada por la experiencia del exilio de la izquierda chilena en una Europa en proceso de transformación.

En cuanto a los elementos de continuidad entre el socialismo chileno y el socialismo europeo podemos mencionar el impacto del autoritarismo, conducente a una revalorización de la democracia política y sus instituciones, y la crisis de los “socialismos reales”, que da origen a una actitud de verdadera crítica y denuncia de sus rasgos autoritarios.

En efecto, hemos visto que por regla general, y salvo contadas excepciones, el socialismo europeo en su conjunto es posautoritario. Especialmente a partir del impacto del fascismo y el nazismo, el socialismo europeo adquiere una nueva conciencia acerca de la necesidad de defender la democracia frente al peligro siempre presente de una involución o regresión autoritaria. En el caso chileno, el advenimiento de una dictadura militar, la consiguiente violación sistemática de los derechos humanos y el claro retroceso que ello significa para los trabajadores, condujeron, al interior de un significativo sector del socialismo chileno, a un replanteamiento radical en relación al tema de la democracia. Surge, así, una nueva valoración respecto de esta última, la que es vista como inseparable del socialismo o, en las palabras de Jorge Arrate, como “espacio y límite” de la acción política.

En el caso de los “socialismos reales”, el advenimiento de los regímenes comunistas de Europa del Este, tras la Segunda Guerra, en el contexto del conflicto Este-Oeste y la partición de Europa, no hizo sino reafirmar al socialismo de Europa Occidental en su compromiso con la democracia política. Así, según vimos en la primera parte, para el líder socialdemócrata alemán, Kurt Schumacher, socialismo y comunismo eran hermanos... “como Caín y Abel”. Por su parte, para Guy Mollet, líder del socialismo francés, el PCF era un partido “del Este, no de la izquierda”: finalmente, uno de los núcleos centrales del eurocomunismo —al menos en el caso de Berlinguer y el PCI— estuvo constituido por su denuncia de los rasgos autoritarios presentes en los “socialismos reales”. La crisis más reciente de los regímenes comunistas de Europa del Este no ha hecho sino reforzar este rasgo central de compromiso con la democracia política, característico del conjunto de la izquierda socialista de Europa Occidental.

En el caso chileno, según hemos visto, fue la crisis polaca (1979-1981), con su persecución al Movimiento Solidaridad y al líder obrero Lech Walesa, la que gatilló un proceso de crítica e incluso de denuncia, al interior de la izquierda renovada, en relación a los regímenes comunistas europeos. La actitud frente a dicha crisis fue un elemento claramente diferenciador entre el PS-Altamirano y el PS-Almeyda, tras la división socialista de 1979.

Finalmente, al igual que los casos de sus congéneres europeos, la crisis más reciente en Europa del Este no ha hecho sino reafirmar a la izquierda renovada en su compromiso con la democracia política y sus instituciones.

De manera que, sin que lo anterior implique necesariamente para la izquierda renovada chilena la adopción del modelo socialdemócrata, los dos elementos señalados —el impacto del autoritarismo y la crisis de los “socialismos reales”— aparecen como factores de continuidad entre el socialismo chileno y el socialismo europeo, en una línea de reafirmación democrática.

Luego, en lo que se refiere al tercer elemento que hemos señalado para explicar el proceso de socialdemocratización de la izquierda europea —el de la competencia político-electoral o el funcionamiento de las leyes del mercado político— puede decirse que resulta aún prematuro dibujar paralelos con el caso chileno. Ello, por cuanto el surgimiento de este nuevo socialismo democrático, en Chile, tiene lugar en el contexto de una dictadura y comienza recién a consolidarse cuando el país se encamina por un complejo proceso de transición a la democracia. Hablar, pues, de competencia político-electoral o de mercado político, en el contexto de una situación tan precaria como la descrita, resulta aún prematuro.

Dicho lo anterior, sin embargo, dos consideraciones parecieran pertinentes sobre este punto, en relación al socialismo chileno. En primer lugar, no necesariamente el normal funcionamiento de las instituciones de la democracia representativa y la dinámica de la competencia político-electoral garantizan, por sí solos, un proceso de aproximación a la democracia política o, en el caso concreto bajo estudio, la consolidación de un socialismo democrático al interior de la izquierda chilena. Así, por ejemplo, hemos visto en el capítulo cuarto que ciertas características del sistema político chileno en el período anterior a 1973 —un presidencialismo de minoría acompañado de un sistema de partidos polarizado— contribuyeron a la radicalización, y no a la moderación del socialismo chileno.

Hacia el futuro, pues, las posibilidades de consolidar un socialismo democrático al interior de la izquierda chilena dependerán no sólo de un clima de normal funcionamiento del mercado político y de un sistema regulado de competencia por el poder, sino del tipo de instituciones que se generen en su interior.

Una segunda consideración se refiere, según hemos visto en el último capítulo, al reciente proceso de reunificación entre el PS-Arrate (representante de la izquierda renovada) y el PS-Almeyda (representante de la izquierda de matriz leninista). Sobre este punto, hemos sugerido la hipótesis de los factores de mercado político y de cultura política como limitantes de los procesos de desarrollo ideológico.

Sin embargo, si bien es cierto que las leyes del mercado político y la dinámica de la competencia político-electoral nos ayudan a explicar el proceso de reunificación socialista —difícilmente habría lugar en el mercado político chileno para dos partidos socialistas— ello plantea hacia el futuro una seria interrogante acerca de las posibilidades de consolidación de este nuevo socialismo democrático. Aunque las tesis de la renovación socialista terminaron

por imponerse en las bases doctrinarias y políticas del PSCH reunificado, está por verse cómo podrá este último llevar a la práctica dichos postulados, contando en su interior con un componente socialista de matriz leninista. No sabemos, en consecuencia, si este tercer factor que hemos considerado para explicar el proceso de socialdemocratización de la izquierda europea —el de la competencia político-electoral o las leyes del mercado político— actuará (o no) en la dirección de consolidación, al interior de la izquierda chilena, de un auténtico socialismo democrático.

Finalmente, el principal elemento de ruptura (o discontinuidad) entre el socialismo chileno y el socialismo europeo, en torno a la cuestión de las relaciones entre socialismo y democracia, pareciera estar constituido por la muy disímil estructura económico-social en que uno y otro se han desarrollado —lo que, hemos visto, está relacionado con el cuarto elemento que hemos tomado para explicar el proceso de socialdemocratización de la izquierda europea, referido a la gran brecha existente entre las premisas del marxismo y la realidad del desarrollo capitalista europeo.

En efecto, el tipo de desarrollo capitalista que se ha dado en Europa desde fines del siglo pasado, pero especialmente y con inusual dinamismo en el período de posguerra, tiene poco o nada que ver con el tipo de desarrollo capitalista de América Latina en general, y de Chile en particular —para no decir nada de la muy disímil estructura de clases en ambas realidades.

Dos consideraciones parecieran pertinentes, sin embargo, a este respecto. En primer lugar, ha sido una hipótesis implícita a lo largo de todo este trabajo, que los procesos políticos no están necesariamente determinados por factores económicos. En este sentido, hemos visto que la cuestión del tipo de régimen político (dictadura o democracia), en torno a la cual ha girado la discusión a partir de los cuatro casos que hemos estudiado, reviste un interés en sí, más allá de toda consideración económica. Es esta, precisamente, la cuestión planteada por el socialismo democrático, el que pone el énfasis en la centralidad y la importancia de las formas políticas. En dicha discusión, tal como lo hemos señalado y reiterado, los factores políticos aparecen como determinantes. En este sentido, nos atreveríamos a decir que el socialismo chileno no tiene por qué esperar a que se reproduzcan en Chile las condiciones creadas en torno al desarrollo capitalista europeo para que se dé, y pueda consolidarse, un auténtico socialismo democrático.

Pero, en segundo lugar, el surgimiento de este nuevo socialismo democrático en el Chile de los últimos años no se ha dado sólo en el contexto de una dictadura política, sino de las profundas transformaciones económicas que han tenido lugar en la última década y media. Este proceso, de modernización de la economía chilena, no sólo modifica la estructura económica y social en la que nació y se desarrolló la izquierda chilena, sino que crea nuevas condiciones que bien pueden tender a favorecer la consolidación, en el seno de la izquierda chilena, de un socialismo renovado que pretende ser también, por propia definición, moderno.

Nuestra hipótesis a este respecto es que los profundos cambios estructurales operados en la economía chilena en los últimos años —los que inciden en

una modificación sustancial de la estructura industrial tradicional (y de la clase obrera que naciera y se desarrollara bajo su alero) y de una economía con un fuerte componente estatal, de tipo sustitutiva y de crecimiento “hacia adentro”— facilitan el surgimiento en el seno de la izquierda chilena de un socialismo renovado que se presenta a la vez como moderno. La nueva estructura basada en una economía abierta al exterior, en un esquema de mercado, con un sector estatal moderno, un sector de servicios predominante y la consiguiente disminución de la clase obrera industrial tradicional, debiera tender a facilitar dicho proceso.

De manera que la muy disímil estructura económico-social en la que se han desenvuelto el socialismo chileno y el socialismo europeo, en el contexto de un desarrollo capitalista igualmente diverso, no pareciera ser necesariamente un obstáculo para la consolidación, en el seno de la izquierda chilena, de un nuevo socialismo democrático.

Así como el desarrollo del socialismo europeo presenta un estado bastante avanzado, tras un siglo y medio de historia, en la dirección de una creciente valorización de la democracia política, en el caso de este nuevo socialismo democrático surgido en el Chile de los últimos años quedan aún muchas páginas por escribir. Lo cierto es que no se parte de la nada: a los elementos claramente democráticos de su propia historia se suman ahora estos nuevos factores, de fuerte dramatismo por el impacto de la dictadura, pero a la vez auspiciosos en cuanto apuntan, al igual que en el caso de sus congéneres del viejo continente europeo, en la dirección de un claro y definido socialismo democrático.

En definitiva, lo más probable es que en la continuidad del socialismo chileno con sus propias raíces termine por imponerse alguna fórmula socialista entendida como “creación original del pueblo chileno”, según el propio Allende describiera a la Vía Chilena al Socialismo. Precisamente, otro de los puntos de convergencia entre el socialismo europeo y el socialismo chileno es el rechazo a modelos preestablecidos, lo que cobra especial fuerza en el contexto de la crisis del marxismo y de los “socialismos reales”.